Desgraciamente para los napolitanos, esta tercera restauracion fué de cortísima duracion. En la noche del 3 de enero de 1825, se acostó el rey despues de haber jugado su partida como acostumbraba y haber rezado sus habituales oraciones. Al dia siguiente, como todavía no hubiese llamado á las diez de la mañana, entraron en su cámara y le hallaron cadáver.

Al abrir su testamento, en el que recomendaba á su hijo Francisco continuase dando las limosnas que tenia él costumbre de hacer, se encontró que las limosnas ascendian á veinte y cuatro mil ducados anuales.

Habia vivido setenta y seis años y reinado sesenta y cinco; habia visto pasar durante su largo reinado tres generaciones, y á pesar de tres revoluciones y otras tantas restauraciones, murió el rey mas popular que Nápoles tuvo jamás.

Así que el pueblo buscó á la imprevista muerte de su querido rey una causa sobrenatural. Por otra parte, para hombres de imaginacion como lo son los napolitanos, nada es difícil de encontrar. He aquí lo que se descubrió:

El rey Fernando, como se ha podido ver, no estaba exento de ciertas preocupaciones. Hacia quince años se veia perseguido por el canónigo Ojori, quien le atormentaba por obtener una audiencia y presentarle no sé qué libro del cual era autor. Fernando se habia negado siempre, y á pesar de las instancias del pretendiente, constantemente siempre se habia mantenido firme. Al fin el 2 de enero de 1825, vencido por las súplicas de todos los que le rodeaban, concedió para el dia siguiente aquella audiencia tan largo tiempo negada. Por la mañana tuvo el rey intencion de partir para Caserta, y hacer recaer sobre una cacería, escusa que le parecia siempre valedera, la descortesía que se le pasaban ganas de hacer al buen canónigo: pero le disuadieron de ello: permaneció, pues, en Nápoles, recibió á don Ojori, el cual permaneció dos horas con él, y se separó dejándole su libro.

Como hemos referido, al dia siguiente era cadáver el rey Fernando.

Los médicos declararon unánimemente que habia sido atacado de una apoplegía fulminante: pero el pueblo no lo creyó. La verdadera causa de su muerte, segun el pueblo, fué aquella audiencia que dió tan á disgusto al canónigo Ojori.

El canónigo Ojori era, con el príncipe de***, el mas terribte *gettatore* de Nápoles. En el capítulo inmediato diremos lo que es la *gettatura*.

XV.

LA GETTATURA.

Nápoles, como todas las cosas humanas, sufre la influencia de una doble fuerza que rige su destino: tiene su genio malo que la persigue y su genio bueno que la protege; tiene su Arimanes que la amenaza y su Oromazes que la defiende; tiene su demonio que quiere perderla y su ángel que espera salvarla.

Su enemigo es la gettatura: su protector es San Genaro.

Si San Genaro no estuviera en el cielo, haria mucho tiempo que la gettatura hubiera anonadado á Nápoles: si la gettatura no existiera, hace largo tiempo que San Genaro hubiera hecho de Nápoles la reina del mundo.

Porque la gettatura no es una invencion de ayer; no se trata de una creencia de la edad media, ni de una supersticion del bajo imperio: es un azote legado por el antiguo mundo al mundo moderno; es una peste que los cristianos han heredado de los gentiles; es una cadena que queda al través de las edades, y á la que cada siglo añade un eslabon.

Los griegos y los romanos conocian la gettatura: llamábanla los primeros *alexiana*, los segundos *fascinum*.

La gettatura nació en el Olimpo; como se ve, es una plaga que trae su origen de muy buena casa. Por lo demas, véase la ocasion con que nació.

Venus, que habia salido del mar la víspera, acababa de ocupar un puesto entre los dioses; su primer cuidado habia sido procurarse un adorador en aquella augusta asamblea. Baco habia obtenido la preferencia; Baco era feliz.

Por mas que Venus fuese diosa, se encontraba sometida á las leyes de la naturaleza simplemente como una muger; en su cualidad de inmortal estaba destinada á usar de ellas mas largo tiempo y con mas frecuencia; he aquí toda la diferencia. Apercibióse Venus un dia de que iba á ser madre. Como la criatura que llevaba en su seno era la primera de aquella larga série de vástagos con que la diosa de la belleza debia poblar los bosques de Amatonte y las florestas de Citerea, el descubrimiento de su nuevo estado suscitó en ella un sentimiento de pudor que la determinó á ocultarlo á las miradas de todos los dioses. Anunció, pues, Venus, que su delicada salud la obligaba á habitar durante algun tiempo en el campo, y se retiró á las mas apartadas habitaciones de su palacio en Pafos. Todos los dioses fueron burlados con aquella falsa indisposicion; no hubo uno, hasta el mismo Esculapio, que no declarase que Venus no tenia otra cosa que una enfermedad de nervios que se calmaria con baños y recreo; solo Juno adivinó todo.

Juno era muy lista en semejante materia. Su esterilidad la hacia celosa: no se ensanchaba un talle en todo el Olimpo, cuya primera línea de aquel aumento no la saltase á la vista. Habia seguido los progresos del de Venus, y con anticipacion pronosticó la desgracia al fruto que de ella naciera.

Por tanto, resolvió no perderla de vista un instante, á fin de hacer un sortilegio sobre el desgraciado fruto de las entrañas de su nuera. Así en cuanto Venus sintió los primeros dolores, se presentó Juno para situarse á la cabecera de su cama disfrazada de matrona.

Venus era muy sensible, como debe serlo toda muger á la moda; lanzó, pues, tremendos gritos mientras duró el parto; al fin dió á luz al niño Priapo.

Recibióle Juno en sus manos, y mientras Venus medio desmayada cerraba sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas, se dispuso á lanzar sobre el niño la maldicion fatal que debia influir sobre el resto de su vida.

En el instante mismo en que Juno fijaba sus ojos llenos de cólera sobre el recien nacido, se detuvo estupefacta. Jamás habia visto, aun entre los mas grandes dioses, nada semejante á lo que veia en aquel momento.

Por corto que fuese aquel momento de vacilacion, salvó á Priapo. Baco, que desde lo interior de la India, donde se hallaba ocupado en enseñar á los birmanes el mejor modo de clarificar el vino, habia oido los gritos de Venus, acudió apresuradamente; se precipitó en la alcoba de la parida, corrió hácia el niño, y en su ardor paternal le arrancó de los brazos de Juno.

Creyóse Juno descubierta; salió furiosa, entró en su carro y se remontó al cielo. Baco ignoraba, sin embargo, quien fuese; pero lo adivinó, primero por los gritos de sus pavos reales; luego por el rasgo de luz que dejaba en pos de sí. Conocia de mucho tiempo el carácter de su madrastra: él mismo se habia visto obligado á permanecer seis meses oculto en el muslo de Júpiter para librarse de sus celos: comprendió que lo pasaria mal el pobre niño si alguna vez ponia la mano en él: le llevó corriendo y fué á ocultarle en la isla de Lampsaque.

Mas divulgóse el rumor de lo que habia pasado, así como de la circunstancia á la que el jóven Priapo habia debido la vida; no se necesitó mas para que creyeran los antiguos que habian hallado un remedio contra la gettatura; de ahí ciertos diges sacados de las escavaciones de Herculano y de Pompeya, que formaban parte del tocado de las mugeres.

Entre los modernos, donde no están en uso esos diges, los han reemplazado los cuernos. No entrais en una casa de Nápoles algo aristocrática, en donde no sea el primer objeto que hiere vuestra vista en la antecámara un par de cuernos; cuanto mas largos, son mas eficaces. Generalmente los piden á Sicilia: allí es donde se encuentran los mas hermosos. Los he visto que tenian hasta tres pies de largo y costaban quinientos francos el par.

Ademas de estos cuernos domiciliares, que no se pueden, visto su volúmen, llevar fácilmente consigo, hay tambien cuernecitos que se llevan al cuello, en el dedo, en la cadena del relój: encuéntrase esto en todas las calles, en todos los comercios de bisutería. Este símbolo preservativo es ordinariamente de coral ó de azabache.

Mucho desearia poder decir cuales son las causas que han elevado los cuernos á ese grado de honor entre los napolitanos; pero por mas investigaciones que he hecho con ese motivo, conozco que no he podido descubrir absolutamente nada que pueda apoyar la mas insignificante teoría ó ser sostenida por el menor sistema. Sucede porque sucede; no me preguntéis, pues, otra cosa, porque me veria obligado á pronunciar esa palabra que tanto cuesta á la boca humana: no sé:

Conocian los antiguos tres medios de echar el destino, porque la gettatura no es otra cosa que la sustantivacion del verbo gecthare, por el tacto, por la palabra, por la mirada:

> Cujus ab atractu variarum monstra ferarum.
> In juvenes veniunt nullius mansit imago.

Dice Ovidio:

> Quæ nec pernumerare curiosi
> Possint nec mala fascinare lingua,

Dice Cátulo:

> Nescio quis teneros oculis mihi fascinat agnos,

Dice Virgilio:

¿Quereis ahora ver pasar esta creencia del mundo pagano al mundo cristiano? Escuchad á San Pablo dirigiéndose á los gálatas.

> ¿Quis vos fascinavit non obedire veritate?

¿Creia, pues, San Pablo en la gettatura?

Pasemos ahora á la edad media, y ojeemos á Erchepert, monge del monte Casino, que florecia por el año 842:

«He conocido, dice el venerable cenobita, al señor Landol, obispo de Capua, hombre de una singular prudencia, el cual tenia costumbre de decir: Siempre que encuentro á un monge, me sucede alguna desgracia en aquel dia. *Quoties monachum viso cerno, semper mihi faturadies auspicia tristia subministrat.*»

Esta creencia existe en toda su fuerza en Nápoles. Cuando partimos para Sicilia, me pa

rece haber referido que en el momento de embarcarnos, nos encontramos un abate, y que al verle nos habia propuesto el capitan suspender la marcha hasta el dia siguiente. No hicimos caso, y nos asaltó una tempestad que nos tuvo veinte y cuatro horas entre la vida y la muerte.

De las tres gettaturas conocidas en la antigüedad, dos se han perdido en el trascurso del tiempo, y una sola ha quedado, la gettatura de la mirada. Es verdad que es la mas terrible: *Nihil oculo nequius creatum*, dice el Eclesiastes, cap. 21.

Sin embargo, asi como Dios ha querido que la culebra de cascabel se descubriese á sí misma por el ruido que hacen sus anillos, ha impreso en la frente del gettatore ciertos signos por los que teniendo alguna costumbre se le puede reconocer. Comunmente el gettatore es delgado y pálido; tiene la nariz encorvada á manera de pico de cuervo, ojos grandes que tienen algo de los del sapo, y que ordinariamente oculta, para disimular su defecto, con unos anteojos: el sapo, como todos saben, ha recibido del cielo el don fatal de la gettatura: mata al ruiseñor mirándole.

Así, pues, cuando encontreis en las calles de Nápoles un hombre de ese aspecto, guardaos, porque se puede apostar ciento contra uno, á que es un gettatore. Y si es un gettatore, y sois el primero á quien ha visto, el mal está hecho; ya no hay remedio, humillad la cabeza y esperad. Si por el contrario, habeis evitado su mirada, apresuráos á presentarle el dedo anular estendido: el maleficio quedará conjurado:—*Et dijitum porrijitum medium*, dice Marcial.

Escusado es decir, que si llevais con vosotros algun cuerno de azabache ó de coral, no teneis necesidad de tomar todas estas precauciones. El talisman es infalible, al menos asi lo dicen los comerciantes de cuernos.

La gettatura es una enfermedad incurable; se nace gettatore y gettatore se muere. En rigor puede adquirirse esa propiedad; pero el que una vez la adquiere, ya no puede dejar de serlo.

En general, los gettatore ignoran su fatal influencia; como es muy mal cumplimiento decirle á un hombre que es gettatore, y por otra parte, hay algunos que lo llevarian muy á mal, conténtase todo el mundo con librarse de ellos como puede, y si no se puede conjurando su influencia, haciendo con su mano la seña dicha. Siempre que veais en Nápoles dos hombres que están hablando en la calle, y que uno de ellos oculta su mano cerrada, reparad bien en aquel con quien habla: es un gettatore, ó á lo menos un hombre que tiene la desgracia de pasar por tal.

Cuando un estrangero llega á Nápoles, empieza por reirse de la gettatura; luego poco á poco le preocupa aquella idea; en fin, al cabo de tres meses de permanencia, le veis cubierto de cuernos desde los pies á la cabeza, y la mano derecha continuamente crispada.

Nada preserva de la gettatura, mas que los medios que he indicado. No hay rango, fortuna, ni posicion social que os ponga al abrigo de sus tiros. Todos los hombres son iguales ante ella.

Por otro lado, para el gettatore no hay edad, sexo ni estado: igualmente puede ser niño ó anciano, hombre ó muger, abogado ó médico, magistrado, sacerdote, industrial ó noble, lazzaroni ó gran señor; lo que hay que saber únicamente, es si una ú otra de esas edades, si uno ú otro de esos sexos, si una ú otra de esas condiciones, aumenta ó disminuye la gravedad del maleficio.

Hay acerca de esto en Nápoles un trabajo sumamente minucioso del donoso signor Niccolo Valetta: discute en un volúmen todas las cuestiones que han dividido en este punto á los sabios antiguos y modernos hace veinte y cinco siglos.

Examínase allí:

1.° Si el hombre echa un destino mas terrible que la muger;

2.° Si el que lleva peluca es mas temible que el que no la lleva;

3.° Si el que gasta anteojos es mas temible que el que lleva peluca;

4.° Si el que toma tabaco es mas temible que el que gasta anteojos, y si los anteojos, la peluca y la caja de tabaco combinándose, triplican el valor de la gettatura;

5.° Si la muger gettatriz es mas temible, cuando está en cinta;

6.° Si hay mas que temer todavía de ella cuando hay certeza de que no lo está;

7.° Si los frailes son por lo general mas gettatores que los demas hombres, y entre los frailes cuál es la órden mas temible en este punto;

8.° A qué distancia se puede hacer el mal de ojo;

9.° Si se puede echar de costado, de frente ó por detrás;

10. Si hay en realidad gestos, tonos de voz y miradas especiales, por las que se puede reconocer á los gettatores;

11. Si hay oraciones que puedan librar de la gettatura, y en este caso, si hay oraciones especiales para librarse de la gettatura que proviene de los frailes;

12. En fin, si el poder de los talismanes modernos es igual al poder del talisman antiguo, y cuál es mas eficaz, si un cuerno ó dos.

Todas estas investigaciones están consignadas en un volúmen del mas alto interés, y que de buena gana haria conocer á mis lectores. Desgraciadamente se niega mi editor á imprimirle en mis notas justificativas, á pretesto de que es un in-fólio de 600 páginas. Pero aconsejo á todo viagero le adquiera en cuanto llegue á Nápoles, mediante la módica suma de seis carlinos.

Ya que hemos examinado la gettatura en sus efectos y causas, refiramos ahora la historia de un gettatore.

XVI.

EL PRÍNCIPE DE ***.

El príncipe de ***, si se esceptúan los anteojos, la peluca y la caja de tabaco, nació con todos los carácteres de la gettatura. Tenia los labios delgados, ojos grandes y fijos, y nariz de pico de cuervo; su madre no tuvo la dicha de ver al recien nacido, que era su segundo hijo: murió de parto.

Buscaron una nodriza para el niño, y encontraron una hermosa y robusta aldeana de las cercanías de Netune: pero apenas el desventurado niño la llegó al pecho, se acedó su leche.

Forzoso fué alimentar al principito con leche de cabra, lo que le dió para todo el resto de su vida un paso de saltarin por el que se le reconocia, gracias al cielo, á trescientos pasos de distancia, mientras que con sus grandes ojos no pudo morder mas que tocando. Alabemos al Señor, puesto que lo que ha hecho, bien hecho está.

Al saber la muerte de su muger, y el nacimiento de un segundo hijo, el príncipe de***, que era embajador en Toscana, fué precipitadamente á Nápoles; entró en el palacio, lloró á la princesa, abrazó paternalmente al niño, y se fué á presentar al rey. Este le volvió la espalda, llevando muy á mal que el príncipe abandonase su embajada sin autorizacion; quiso hacer valer el amor paternal, pero el amor paternal le costó su empleo.

Esta catástrofe entibió un poco el cariño del príncipe de*** á su hijo; por otra parte, como hemos dicho, tenia un hijo primogénito, á quien pertenecian de derecho títulos, honores, riquezas. Decidióse, pues, que el hijo segundo recibiria las órdenes. El principino era demasiado jóven para tener alguna opinion acerca de su porvenir: dejó, pues, que hicieran lo que quisieran.

El dia en que entró en el seminario, todos los niños de la clase en que entró se vieron atacados de la coqueluche. Y notad que en medio de todo esto ningun accidente personal sobrevenia al principito; se le veia desarrollar y prosperaba que era un portento.

Hizo sus estudios con el mayor éxito, sobresaliendo entre sus condiscípulos. Una sola vez, no se sabe cómo sucedió aquello, no sacó mas que el segundo premio; pero el estudiante que habia obtenido el primero, al ir á recibir su corona, tropezó en el primer escalon del estrado y se rompió la pierna.

Mas el niño llegó á ser jóven. Por retirado que estuviese el seminario, el ruido del mundo llegaba hasta él. Ademas, en sus paseos con sus compañeros, veia pasar lindas damas en elegantes carruages, y apuestos jóvenes en briosos corceles; luego, al estremo de la calle de Toledo, sabia existia un edificio que se llamaba San Cárlos, y de cuyo interior se referian tantas maravillas, que nada eran en su comparacion las de los palacios y jardines de Aladin. Resultaba de aquí que el principino deseaba mucho entablar conocimiento con las mas hermosas damas, montar á caballo como los apuestos mancebos, y sobre todo, entrar en San Cárlos para ver lo que en realidad pasaba allí.

Desgraciadamente esto era imposible; el príncipe de***, que conservaba siempre sobre su corazon el peso de su desgracia, guardaba rencor á su hijo segundo. Por otra parte, el príncipe Hércules, á quien se hacia viajar á fin de que no tuviese contacto alguno con su hermano, cada dia se hacia mas perfecto caballero, y prometia mantener magníficamente el honor del nombre. Razon mas para que el pobre principito permaneciese confinado en su seminario.

Sin embargo, empeoraban los negocios entre el reino de las Dos Sicilias y la Francia; se hablaba de una cruzada contra los republicanos; el rey Fernando, como en otra parte hemos dicho, queria dar el ejemplo de ella. Levantáronse tropas en todos sitios, reunióse un ejército, y se anunció con gran solemnidad que el arzobispo de Nápoles bendeciria las banderas en la catedral de Santa Clara.

Como era esta una cosa muy curiosa, y por grande que fuese la iglesia, no era posible que todo Nápoles pudiera caber en ella, se decidió que asistiesen solamente á las ceremonias los diputados de los diferentes órdenes del Estado. Ademas, los colegios, las escuelas y los seminarios tenian derecho de enviar á ella á los discípulos de cada clase que hubieran sacado los primeros premios en los ejercicios mas próximos al dia en que debia verificarse la ceremonia. El principito era el que habia sacado el primer premio en su triple composicion de tema, traduccion y teología; el principino, que hacia milagrosos progresos, se hallaba entonces en retórica y tendria de diez y seis á diez y siete años. Llegó el gran dia. La ceremonia fué solemne; todo se ejecutó con una tranquilidad y una magnificencia completas; únicamente en el momento en que despues de la bendicion desfilaban los estandartes para salir de la iglesia, uno de los que los llevaban cayó muerto de una apoplegía fulminante al pasar por delante del principito. Este, que tenia un escelente corazon, se precipitó al punto hácia el desgraciado para socorrerle, pero ya habia exhalado el

último suspiro. Viendo lo cual, cogió el principino la bandera, la agitó con aire marcial, que indicaba lo que llegaria á ser algun dia, y la entregó á un oficial gritando: *¡viva el rey!* grito que fué repetido con entusiasmo por todos los circunstantes.

Tres meses despues era batido el ejército napolitano; la bandera con otras doce habia caido en poder de los franceses, y el rey Fernando se embarcaba para Sicilia.

El principino habia concluido sus estudios; tratábase de hacer la eleccion de convento. El jóven eligió los camaldulenses. En consecuencia, salió del seminario donde habia pasado su adolescencia, y entró como novicio en el monasterio donde debia pasar su virilidad y estinguirse su vejez.

Al dia siguiente de su entrada en los camaldulenses, apareció el decreto del nuevo gobierno, por el que se suprimian las comunidades religiosas. Vióse entonces el jóven obligado á seguir la carrera de la prelacia, porque suprimidos los conventos, no dejaba él de ser el hermano segundo, ni por eso era mas rico. Durante tres meses se paseó, pues, por las calles de Nápoles con un sombrero tricornio, un manteo negro y medias de color de violeta: luego se decidió á recibir las órdenes menores.

La mañana del dia fijado para la ceremonia, decidió la república Partenopea, que acababa de proclamarse, que no habiendo igualdad ante la ley mientras no hubiese igualdad en las herencias, quedaba abolido por consiguiente el derecho de mayorazgo.

Este nuevo decreto quitaba cien mil libras de renta al príncipe Hércules, hermano mayor de nuestro héroe, el cual se encontraba poseedor de un capital de dos millones.

Como el principito no tenia una gran vocacion á la iglesia; hizo con las medias moradas lo que habia hecho con el hábito blanco; envió el tricornio á unirse con la capucha, llamó al mejor sastre de Nápoles, compró el mas bonito carruage y los mas hermosos caballos que pudo encontrar, y envió á tomar para la misma noche un palco en San Cárlos.

San Cárlos era en verdad digno del deseo que habia tenido siempre el principino de entrar en él: era uno de los monumentos con que Cárlos VII, durante su temporal reinado, habia dotado á Nápoles. Un dia hizo llamar al arquitecto Angel Carasale, y poniendo todos sus tesoros á su disposicion, le dijo no economizase gasto alguno, pues que queria le hiciese el mas bello salon que existia en el mundo. El arquitecto se habia comprometido á ello (los arquitectos se comprometen siempre): en seguida, aprovechándose de la licencia concedida, habia elegido un sitio próximo al palacio, echado abajo una porcion de casas y despejado un terreno inmenso, sobre el que se elevó con una maravillosa rapidez aquella obra de las hadas. En efecto, el teatro se empezó en el mes de marzo de 1737, estuvo terminado el 1.º de noviembre, y se abrió el 4 del mismo mes, dia de San Cárlos.

Si no hubiésemos renunciado á las descripciones por la conviccion que tenemos de que ninguna descripcion describe, intentariamos referir el número de espejos, calcular el número de bugías, enumerar los árboles en flor que aquella noche hacian del teatro de San Cárlos la octava maravilla del mundo. Habian preparado un gran palco para el rey y su real familia, y en el momento en que sus augustos espectadores entraron en él, tan grande fué la impresion que ellos mismos esperimentaron, que dieron la señal de los aplausos; al punto la sala entera estalló en bravos y gritos de admiracion.

No fué esto todo. El rey hizo se presentara el arquitecto en el palco, y poniéndole la mano en la espalda á vista de todos, le felicitó por su admirable éxito.

—Solo una cosa falta en vuestra sala, dijo el rey.

—¿Cuál? preguntó el arquitecto.

—Una galería que conduzca desde palacio al teatro.

El arquitecto inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Terminado el espectáculo, salió el rey de su palco y encontró á Carasale que le esperaba.

—¿Qué habeis hecho durante todo el tiempo de la representacion? le preguntó el rey.

—He ejecutado las órdenes de V. M., respondió Carasale.

—¿Qué órdenes?

—Dígnese V. M. seguirme y lo verá.

—Sigámosle, dijo el rey volviéndose hácia la familia real; cualquiera cosa que haya hecho no me admirará; hoy es dia de maravillas.

Siguió el rey al arquitecto; pero por mas que hubiese dicho otra cosa, su admiracion fué grande, cuando vió abrirse ante él las puertas de una galería interior, tapizada toda con telas de seda y espejos; esta galería, que tenia dos puertas echadas á una altura de treinta pies, y una escalinata de cincuenta y cinco escalones, habia sido improvisada en las tres horas que habia durado la representacion.

San Cárlos, pues, era hacia sesenta años la admiracion y la envidia de toda la tierra. No era por tanto de estrañar que hubiese tenido el principito tan gran deseo de ver á San Cárlos.

En la noche misma en que el principito habia visto San Cárlos, y cuando el último espectador salia de la sala, se prendió fuego al teatro; al dia siguiente no era San Cárlos mas que un monton de cenizas.

Ya hacia largo tiempo circulaban alarmantes rumores acerca del principito; pero desde aquel dia aquellos rumores adquirieron una consistencia real. Recordábanse con espanto las diferentes consecuencias de que habia sido

causa, y comenzaron á huir de él como de la peste. Sin embargo, aquellos rumores encontraban incrédulos; en Nápoles, como en todas partes, hay ánimos robustos que se jactan de no creer nada. Por otra parte, la presencia de los franceses habia puesto de moda el escepticismo, y madame la condesa de M***, que apreciaba mucho á los franceses, decia muy alto que no creia absolutamente nada de lo que se decia del pobre principito, y que en prueba de su incredulidad, daria un gran sarao espresamente para recibirle, y para probar con la impunidad que todos los rumores que circulaban acerca de él eran ridículos y erróneos.

La nueva del reto lanzado á la gettatura por la condesa de M***, corrió por todo Nápoles; la primera palabra de todos los convidados fué, que no irian ciertamente á aquel sarao: pero llegado el dia señalado, pudo mas la curiosidad que el temor, y desde las nueve de la noche, los salones de la condesa estaban llenos. Felizmente toda aquella multitud se espaciaba en magníficos jardines iluminados con vasos de colores; y en cuyos bosquecillos estaban colocados grupos de instrumentistas y cantores.

A las diez llegó el príncipe de ***; era entonces un apuesto caballero que hacia mucho tiempo gastaba anteojos, es verdad; que acababa de adquirir el vicio de tomar polvo, mas por tono que por otra cosa, tambien es verdad; pero á quien su magnífica cabellera ondulante y rizada debia todavía por largo tiempo dispensar de recurrir á la peluca. Era de un carácter encantador, parecia estar siempre alegre, se frotaba las manos sin cesar, y no carecia de imaginacion; en una palabra, era un hombre con todas las circunstancias para brillar en sociedad, á no ser aquella maldita gettatura.

Su entrada en casa de la condesa de M***, se señaló por un pequeño accidente; pero justo es decir que la causa de aquel accidente, lo mismo podia ser la torpeza que la fatalidad: un lacayo que llevaba una bandeja de helados, la dejó caer precisamente en el momento en que el príncipe abria la puerta. Sin embargo, la coincidencia de su aparicion con aquel desastre, hizo que se fijaran en él, por mas que fué obra de un momento.

El príncipe fué en busca de la señora de la casa. Paseábase esta en los jardines como todos los convidados. Hacia una de esas magníficas noches del mes de junio, cuyo calor en Nápoles se disminuye por esa dulce brisa del mar, que no se conoce mas que allí. Centelleaban las estrellas en el cielo, y la luna que se elevaba por encima del humeante Vesubio, parecia una enorme bala roja lanzada por un gigantesco mortero.

Despues de haber discurrido el príncipe por espacio de diez minutos entre la multitud, haber respirado aquel aire, haber aspirado sus perfumes y admirado aquel cielo, encontró al fin á la señora de la casa, en busca de la cual se habia dirigido, como hemos dicho.

En cuanto vió al príncipe madama la condesa de M***, se dirigió hácia él: cambiaron los saludos de costumbre; en seguida, para probar lo que despreciaba los rumores que circulaban, dejó el brazo de su caballero y tomó el del príncipe. Obligado con aquella señal de deferencia, el príncipe quiso reconocerla alabando el sarao.

—¡Ah! señora, dijo; ¡qué recepcion tan encantadora nos dispensais! por largo tiempo se hablará de ella.

—¡Oh! príncipe, respondió madama la condesa de M***; exagerais el valor de una reducida reunion sin importancia.

—De nuestro honor, dijo el príncipe. Verdad es que todo concurre á hacerla mas magnífica, y que la Providencia os ha proporcionado el tiempo mas hermoso.

No habia acabado el príncipe de hablar, cuando se oyó un trueno en el Olimpo, y una nubecilla en que nadie habia reparado, abriéndose de repente, derramó un espantoso aguacero. Cada uno escapó por donde pudo; los unos buscaron un momentáneo abrigo en las grutas ó en los kioscos; los otros huyeron hácia el palacio; la condesa de M*** y el príncipe fueron de estos últimos.

Y adviértase que en el mes de junio es Nápoles una especie de Egipto, respecto á la lluvia, porque hay tres meses en el año, junio, julio y agosto, durante los que la sequedad, cual si fuera en los arenales de la Libia es tal, que para hacerla cesar, nadie se atreveria á sacar en rogativa el cuerpo de San Genaro de su tabernáculo, por temor de comprometer el poder del santo.

El príncipe no habia necesitado mas que decir una palabra, y un nuevo diluvio habia en el mismo instante abierto las cataratas del cielo.

El salon principal, vasta rotonda al rededor de la que estaban situadas todas las demas habitaciones, estaba iluminada por una magnífica araña de cristal que la condesa de M*** habia recibido de Inglaterra tres meses antes, y que mandó encender aquella noche por primera vez. Era de un efecto mágico aquella araña, tanto se multiplicaba la luz reflejada por las mil placetas de cristal, presentando todos los colores del arco iris. Asi en el momento en que el príncipe y la condesa llegaron al dintel de la puerta, se detuvo el príncipe deslumbrado.

—¡Y bien! ¿qué teneis, pues, príncipe? preguntó la condesa de M***.

—¡Ah! señora, esclamó el príncipe, ¡qué teneis una magnífica araña!

Apenas el príncipe habia pronunciado esas palabras de elogio, cuando uno de los anillos dorados que sostenian en el techo al nuevo sol, se rompió, y la araña, cayendo sobre el suelo, se hizo mil pedazos.

Felizmente sucedió en el momento mismo en que cada uno ocupaba su puesto para la contradanza; el centro del salon se encontraba pues, desocupado, y gracias á esto no hubo ningun herido.

Madama de M*** comenzó á arrepentirse de haber tentado de aquel modo á Dios invitando al príncipe; pero la idea de que retrocedia ante tres accidentes que podian á lo mas ser efecto del acaso; el temor á los sarcasmos de sus amigos si demostraba ceder á aquella idea; la dificultad de desembarazarse del príncipe á quien daba el brazo, y que se confundia en espresiones de sentimiento por las catástrofes tan increibles como inesperadas que se reunian para llevar la tristeza al sarao; todas estas consideraciones reunidas, la decidieron á poner buen rostro á la desgracia, y á seguir hasta el fin el camino en que se habia empeñado. Asi, pues, la condesa redobló su amabilidad para con el príncipe, y dejando aparte la bandeja caida, la tempestad sobrevenida y la araña rota, todo continuó perfectamente.

El canto alternaba en el sarao; era el momento en que Paesiello y Cimarosa, esos dos antecesores de Rosini se dividian los aplausos del mundo musical. Cantábanse alternativamente trozos del uno y del otro. Uno de los mejores intérpretes de aquellos dos grandes génios, era la signora Erminia, prima donna del desventurado teatro de San Cárlos, que todavía humeaba. Era esta un soprano de la mayor estension, con una seguridad de voz y de método, que no se recordaba haber oido á dilettante alguna nada semejante.

En efecto, en tres años que la signora Erminia llevaba en Nápoles, jamás se la oyó la menor aspereza, nunca ni una nota dudosa, jamás, en fin, *gato en la garganta* (*chat dans le gosier*), para servirnos del término sancionado. Habia prometido cantar el famoso: *Pria che spunti*, y habia llegado el momento de cumplir su promesa.

Asi concluida la contradanza, cada uno se colocó en su sitio para dejar el salon libre á la signora Erminia.

El que habia de acompañar, se colocó al piano, la signora se levantó para acercarse á él; pero como tenia que atravesar sola todo el inmenso salon, el príncipe que la habia apreciado en lo que valia, la única vez que habia ido á San Cárlos, dió sus escusas á la condesa de M***, y colocándose delante de la célebre cantatriz, la ofreció el brazo para conducirla á su puesto.

Aplaudieron todos aquel arranque de galantería, tanto mas notable, cuanto que provenia de un jóven que la víspera estaba todavía en el seminario.

En seguida volvió el príncipe á reclamar el brazo de la condesa de M*** en medio de un murmullo general de aprobacion.

Pero no tardaron en oirse las palabras: ¡*Chu*! ¡*silencio*! ¡*oigamos*! El acompañante lanzó su brillante preludio á la impaciente concurrencia. La cantatriz tosió, y faltó poco para que se sonrojase: en seguida abriendo la boca, pronunció su primer sonido.

Le habia tomado medio tono mas alto, y á la mitad del cuarto compás, dió un espantoso *gallo*.

Como era una cosa maravillosa, inaudita, casi imposible de creerse, se apresuraron todos á tranquilizar á la cantatriz colmándola de aplausos; pero el golpe estaba dado, y la signora Erminia, sintiéndose dominada por una fuerza fatal superior á su genio, comprendió que andaba en ello la gettatura; salióse precipitadamente del salon, lanzando una terrible mirada al pobre príncipe, á quien atribuia la desgracia que acababa de sucederle.

Esta série de acomtecimientos empezaban á tener intranquila á Mad. de M***; todas las miradas estaban fijas en ella y en el desgraciado príncipe cuya primera entrada en el mundo se señalaba por desastres tan estraños. Pero como aparte los cumplimientos de sentimiento que se creia obligado á hacer á madama de M***, el príncipe por su lado parecia que no advertia que él era la causa presunta de todos aquellos efectos, y envanecido con el honor de sostener en su brazo el brazo de la dueña de la casa, tenia el aspecto de no quererse desasir de él en toda la noche, madama de M*** buscó un medio político de volver á entrar en posesion de sí misma, fingiendo estar cansada de permanecer en pie, y suplicando al príncipe la condujese á un encantador gabinetito que daba al salon, y que se habia conservado enteramente amueblado, precisamente con el objeto de ofrecer un sitio de descanso á los bailarines y bailarinas fatigados.

Era tanto mas encantador aquel tocador, cuanto que su puerta de dos hojas se abria al salon; de modo que cesando de formar parte del baile como actor, retirándose á aquel gabinetito se continuaba permaneciendo espectador.

Allí fué á donde el príncipe de*** condujo á la condesa; y como era un caballero lleno de urbanidad, fué á coger un sillon de junto á la pared, lo arrastró en frente de la puerta, de modo que al mismo tiempo que descansaba, Mad. de M*** pudiese ver perfectamente: aproximó una silla al sillon, á fin de no verse obligado á separarse de ella, y saludándola, la hizo señal de que se sentara.

Mad. de M*** iba á hacerlo; pero en el momento en que se sentaba, los dos pies posteriores del sillon se rompieron á un tiempo, de modo que la pobre condesa dió una caida de las mas desagradables. Asi cuando el príncipe, precipitándose hácia ella la ofreció la mano para ayudarla á levantar, rechazó su mano con una vivacidad que habia cesado de moderar la política, y ruborizada y confusa

se metió corriendo en su alcoba, donde se encerró, y de donde ya no quiso salir por mas instancias que la hicieron á la puerta.

Ausente la señora de la casa no podia ya continuar el baile. Asi se retiraron todos, maldiciendo al desventurado convidado que habia convertido aquella deliciosa fiesta en una série no interrumpida de accidentes. El príncipe fué el único que no notó las causas de aquella prematura desercion; quedó el último, y se obstinaba todavía en procurar que volviera á presentarse Mad. de M***, cuando los criados fueron á decirle que su presencia era lo único que impedia apagar los candelabros y cerrar las puertas.

El príncipe, que al fin era hombre de buen gusto, comprendió que una permanencia mas larga seria una inconveniencia, y se retiró á su casa, encantado de su estreno en el mundo, y no dudando que su amabilidad habria causado en el corazon de la condesa el efecto mas desastroso para su tranquilidad en el porvenir.

Compréndese que los acontecimientos de aquel famoso sarao produjeron una inmensa sensacion; aquello se aguardaba para formar una opinion definitiva acerca del príncipe de***. Desde aquel momento se fijó la opinion.

En esto, el príncipe Hércules, de quien ya hemos dicho algo, llegó de vuelta de sus viages; habia recorrido la Francia, Inglaterra, Alemania, y en todas partes habia tenido gran éxito. Y era muy justo, porque pocos hombres le merecerian con tan buen título como él. Era un escelente caballero, un bailarin perfecto, y sobre todo, un tirador de espada y de pistola de primera clase, superioridad que habia acreditado con una docena de duelos en los que siempre habia muerto ó herido á sus adversarios, sin que le hubiese tocado á él un solo arañazo. Asi el príncipe Hércules tenia en aquella clase de asuntos una confianza que naturalmente se aumentaba con el temor que inspiraba.

La entrevista de los dos hermanos fué, como era natural algo fria: jamás se habian visto, y el príncipe Hércules, perdonando á su hermano menor la brecha que habia abierto en su fortuna, no tenia bastante filosofía para olvidarlo completamente. No obstante, el príncipe primogénito era tan leal, el príncipe menor era tan buen hermano, que al cabo de algunos dias eran ya inseparables.

Mas el príncipe Hércules no habia pasado algunos dias en una ciudad en que no se hablaba mas que de la fatal influencia que iba unida á su hermano menor, sin que oyese por uno ú otro lado algunas palabras aisladas que alarmasen su susceptibilidad. Por tanto, el príncipe escuchó con atencion todo lo que se decia respecto á su hermano, y cogiendo en la Villa Reale á un jóven en flagrante delito de narracion, inauguró su esplicacion con él lanzándole al rostro uno de esos mentis que no admiten otra reparacion que la que se hace con las armas. Señalóse la hora para el dia siguiente; los testigos debian arreglar las condiciones del duelo.

Una provocacion tan pública hizo gran ruido en la ciudad. Si hubiese sido en tiempo del rey Fernando, aquel ruido hubiese sido una felicidad, porque indudablemente hubiera llegado á noticia de la policía, que hubiera tomado sus medidas para que el desafio no se efectuase; pero el régimen habia variado estraordinariamente: se habia instituido la república Partenopea desde Gaeta á Reggio, y hubiese sido mirado como un atentado á la libertad individual impedir á los ciudadanos que vivian bajo su maternal proteccion, hacer lo que mejor les pareciese. Dejó, pues, la policía seguir las cosas su curso natural.

Mas estaba en el curso de las cosas que nuestro héroe supiese que su hermano debia batirse al dia siguiente, ignorando siempre la causa por qué se batia. Bajó al punto á la habitacion de su hermano, para informarse de lo que habia de cierto en la noticia que habia llegado hasta él; el príncipe Hércules le confesó entonces que en efecto debia batirse al dia siguiente, pero añadió que siendo la causa del duelo una muger, no podia hacer partícipe á nadie del secreto de aquella aventura, ni aun á su mismo hermano.

Comprendió perfectamente el jóven príncipe este esceso de delicadeza, mas exigió de su hermano le permitiese ser su testigo. Rehusó éste al principio, pero insistió tanto el principito, que al fin consintió el príncipe Hércules en lo que le pedia, á condicion, sin embargo, de que no haria ningunta pregunta sobre la causa de la querella, ni consentiria en ninguna avenencia.

En cuanto á la eleccion de las armas, el príncipe Hércules la dejaba enteramente á la disposicion de su adversario, siéndole la pistola tan conocida como la espada, y vice-versa.

Dos horas despues de esta conversacion, habian decidido los testigos, sin mas esplicacion, que los dos adversarios se encontrarian al dia siguiente, á las seis de la mañana, en el lago de Agnan, y que el arma con que se batirian seria la espada.

Con esto el príncipe Hércules se durmió con tal tranquilidad que fué preciso al dia siguiente á las cinco que le despertase su hermano.

Partieron los dos en su tilburi, llevando consigo á su médico, quien debia socorrer indiferentemente á aquel de los dos adversarios que fuese herido.

A la entrada de la gruta de Pouzzoles, se reunieron á aquellos con quienes tenian que ventilar el asunto y que iban á caballo. Los cuatro jóvenes se saludaron, en seguida entraron en la gruta. Diez minutos despues estaban en la orilla del lago de Agnan.

Apeáronse adversarios y testigos: los dos habian llevado espadas: echáronse suertes á fin de saber de las que se habian de servir. La suerte decidió que se sirviesen de las del príncipe Hércules.

Empuñaron el acero los dos jóvenes. La desproporcion era enorme. Apenas el adversario del príncipe Hércules habria cogido en su vida un florete tres veces, al paso que el príncipe Hércules, que habia hecho de la esgrima su diversion favorita, manejaba su espada con una gracia y una soltura que no permitian dudar ni por un solo momento estaban en su favor todas las probabilidades.

Mas al primer asalto, y contra todo lo que era de esperar, fué atravesado de parte á parte el príncipe Hércules, y cayó sin exhalar ni un grito.

Acudió inmediatamente el médico; el príncipe era cadáver: la espada de su adversario le habia atravesado el corazon.

Quiso el jóven príncipe continuar el duelo; arrancó la espada de manos de su hermano, é intimó á su homicida cruzase á su vez el acero con él; pero el doctor y el segundo testigo se interpusieron entre ellos, declarando que no permitirian semejante infraccion de las leyes del duelo; de tal modo, que se vió obligado el principito á acceder á sus razones, por mas deseo que tuviese de vengar á su hermano.

Lleváronle á su casa desesperado, á pesar de que con aquel fatal acontecimiento doblaba su fortuna.

El anciano príncipe, que vivia retirado en su castillo de la Capitanata, supo la muerte de su hijo primogénito al dia siguiente del en que habia espirado. Como le habia querido siempre estraordinariamente y le dieron aquella noticia sin ninguna precaucion, le afectó el golpe de un modo tan doloroso como inesperado. El mismo dia se metió en la cama; á los dos siguientes habia muerto.

Encontróse, pues, el principito gefe de la familia, y dueño á los veinte y un años, de una fortuna de ocho millones.

XVII.

EL COMBATE.

Grande fué el dolor del príncipe: resolvió viajar para distraerse.

Precisamente se hallaba en el puerto una fragata francesa que se aprestaba á darse á la vela para Tolon; pidió el príncipe una recomendacion para el capitan y obtuvo el pasage.

No dejaron de decirle al capitan algunos amigos, cuando supieron que el príncipe de*** iba á embarcarse á bordo de su buque, quién era el compañero de viage que su mala estrella le deparaba; pero el capitan era uno de esos viejos lobos marinos que no creen ni en Dios ni el diablo, y no habia hecho mas que reirse de la susceptibilidad de sus amigos.

Todas las probabilidades estaban por una travesía feliz: el tiempo estaba magnífico; la flota inglesa al mando de Foote cruzaba de la parte de Corfú; Nelson vivia alegremente en Palermo con la bella Emma Lyonna: el capitan partió orgulloso como un conquistador que va al descubrimiento de un mundo.

Todo marchaba perfectamente hacia dos dias y dos noches, cuando al amanecer del tercero, y á la altura de Liorna, oyó el capitan gritar al marinero vigía: ¡vela á estribor!

Subió el capitan inmediatamente sobre el puente con su catalejo, y le dirigió hácia el objeto señalado. Al primer golpe de vista reconoció una fragata de diez cañones mas fuerte que la suya, y por ciertos detalles de su construccion creyó podia asegurar que era inglesa.

Pero diez cañones mas ó menos era una miseria para un viejo tiburon como el capitan; mandó á la tripulacion estuviese preparada á cualquier evento, y continuó examinando al buque. Maniobraba evidentemente para aproximarse á la fragata; el capitan, que era muy aficionado á lo que llaman los marinos *juego de bolos*, resolvió evitarle la mitad del camino, y se puso en derrota sobre el navío enemigo,

En aquel momento gritó el marinero vigía: ¡vela á babor! Volvióse el capitan, dirigió su anteojo al otro horizonte, y vió otro buque que saliendo magestuosamente del puerto de Liorna, avanzaba con evidente intencion de tomar parte en el asunto. El capitan le examinó con una atencion muy prolija, y reconoció un navío de línea de la mayor fuerza.

—¡Oh, oh! murmuró, tres filas de dientes á la derecha y dos á la izquierda, que son cinco. Necesitamos mandíbulas muy fuertes; y al punto, pidiendo su bocina, dió órden de dirigirse sobre Bastia y cubrir la fragata con tantas velas como pudiera llevar. Inmediatamente se vieron desplegar como otras tantas banderas las ligeras correderas, y el buque, cediendo al nuevo impulso que le daba aquel aumento de lona, se inclinó suavemente y hendió la mar con nuevo vigor.

El príncipe de*** estaba sobre el puente y habia seguido todos aquellos movimientos con un interés y una curiosidad estraordinaria. Era valiente y no temia un combate; mas sin embargo, al ver los dos buques con que tenia que habérselas el capitan, comprendia que no habia otra salvacion para la fragata que largarse y dar el peor rato posible á sus enemigos.

Felizmente el viento era bueno. Asi la fragata, que no tenia mas que seguir la línea recta, al paso que los otros dos buques seguian la diagonal, ganaba terreno visiblemente á los ingleses. El capitan, que hasta entonces habia tenido la bocina en la mano, comenzó á dejarla colgar negligentemente de su dedo pequeño, y á silbar la *Marsellesa*, lo cual queria decir claramente: ¡*Estais burlados, señores ingleses*! Comprendió el príncipe perfectamente aquel lenguaje, y aproximándose al capitan frotándose las manos y con esa sonrisa que le era habitual:

—¡Y bien, capitan! le dijo, tenemos mejores piernas que ellos, ¿no es es eso?

—Si, si, dijo el capitan, y si este viento dura, no tardaremos en dejarlos á tal distancia, que no los oiremos ladrar.

—¡Oh! durará, dijo el príncipe fijando sus saltones ojos en la parte de horizonte de donde la brisa soplaba.

—¡Eh, capitan! gritó el marinero vigía.

—¿Qué hay?

—El viento salta del Este al Norte.

—¡Mil truenos! esclamó el capitan, ¡estamos perdidos!

En efecto, un soplo del mistral que pasaba á través de los aparejos, confirmó lo que acababa de decir el marinero. Sin embargo, no podia ser mas que un cambio accidental del viento. Esperó, pues, el capitan algunos minutos todavía antes de tomar una resolucion, mas á muy cortos instantes ya no quedaba duda: el viento se habia fijado al Norte.

Aquella nueva impulsion la esperimentaron á la vez los tres buques; el navío de tres puentes se aprovechó de ella para avanzar y cortar á la fragata francesa el derrotero de Córcega.

En cuanto á la fragata inglesa, no pudiendo aproximarse directamente, se puso á dar bordadas á fin de no alejarse.

El capitan era hombre de genio; tomó al instante mismo una resolucion decisiva y atrevida: la de marchar directamente sobre el mas débil de los dos buques, atacarle frente á frente, y tomarle al abordage antes de que el navío de línea hubiese podido llegar en su socorro.

En consecuencia, ordenó la maniobra necesaria, y el tambor tocó el zafarrancho de combate.

Tan próximos estaban á la fragata inglesa, que oyeron á su tambor responder á nuestro reto.

Por su parte, el navío de línea, comprendiendo nuestra intencion, cargó todas sus velas y enderezó la proa directamente hácia nosotros.

Hallábanse, pues, los tres buques escalonados en una sola línea, y siguiendo al parecer el mismo rumbo, solo que estaban colocados á distancias diferentes; así la fragata francesa que se encontraba enmedio, estaba apenas á un cuarto de legua de la fragata inglesa, y á mas de dos leguas del navío de línea.

No tardó en disminuir todavía mas aquella distancia; porque viendo la fragata inglesa la intencion de su enemiga, no conservó mas que las velas estrictamente necesarias para la maniobra, y esperó el choque de que se veia amenazada.

Viendo el capitan francés que se aproximaba el momento de la accion, suplicó al príncipe bajase á la bodega, ó á lo menos se retirase á su camarote. Pero el príncipe, que jamás habia visto un combate naval, y que deseaba aprovechar aquella ocasion, pidió le permitieran estar sobre el puente, prometiendo permanecer apoyado en el palo de mesana sin incomodar en nada á la maniobra. El capitan, que apreciaba los bravos de cualquier pais que fuesen, le concedió lo que pedia.

Continuaron avanzando; mas apenas hubieron ganado unos cien pasos, se distinguió una nubecilla blanca á bordo de la fragata inglesa, luego vieron resbalar una bala á algunas toesas de la fragata francesa, oyeron el cañonazo, y por fin, vieron el ligero vapor producido por el disparo elevarse desvaneciéndose, y desaparecer á través de los mástiles, impelido por el viento que soplaba del lado de Francia.

Estaba comprometida la partida por la orgullosa hija de la Gran Bretaña, que provocada la primera por el sonido del tambor, habia querido ser la primera á contestar por el sonido del cañon. Comenzaron los dos buques á aproximarse uno á otro; mas á pesar de permanecer los artilleros franceses en su puesto, aunque las mechas estaban encendidas, y no obstante que los cañones tendidos sobre sus pesadas cureñas, parecian pedir permiso para decir una palabra á su vez en favor de la república, todo permaneció mudo á bordo, sin oirse otro ruido que la *Marsellesa*, que el capitan continuaba silbando. Verdad es, que como era el único aire que sabia, le aplicaba á todas las circunstancias; solo si, segun el tono en que la silbara, asi variaba aquel aire de espresion, y se podia reconocer en las entonaciones si estaba el capitan de buen ó mal humor, contento ó descontento, triste ó alegre.

Aquella vez, la entonacion habia tomado una espresion de sombría amenaza que no prometia nada bueno á los señores ingleses.

En efecto, nada puede tener un aspecto mas terrible que aquel buque mudo y silencioso, avanzando en línea recta, y con una ala tan firme como la del águila sobre su enemigo, el cual cada cinco minutos virando y revirando de bordo, la enviaba su doble carronada, sin que todo aquel huracan de hierro que pasaba á través de las velas, aparejos y mástiles de la fragata francesa, pareciese causarla un daño de consideracion ni la detuviese un solo instante en su carrera. Encontráronse al fin los dos buques casi tocándose los bordes; la fragata inglesa acababa de descargar su andanada; dió órden de virar para presen-